

Es muy raro
todo esto

Pablo Martínez Zarracina

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
DISCULPE, DOSTOIEVSKI	9
LA HISTORIA, ETC.	II
BOB EN BILBAO	13
YUXTAPOSICIÓN DEL YUYU	15
LECCIÓN SOLAR	18
BARES	21
LA TERTULIA ETERNA	23
EL CHOP SUEY PROUSTIANO	25
LOS AÑOS DEL GINTÓNIC	27
COMERSE UN VENTRÍLOCUO	29
LA HORA SAGRADA	32
PERVERSIÓN DEL ARCOÍRIS	35
BANDERAS PERPETUAS	38
FUEGO EN BIDEBARRIETA	41
BORK, BORK, BORK	44
TALADRO Y ESTILO	46
UNA SUR NIÑO	49
SENTARSE EN GROENLANDIA	52

LAS TÍAS	55
EL AÑO DEL DROMEDARIO VASCO	58
ADELANTE CON LAS FAROLAS	61
NOSTALGIA DEL AZUFRE	64
LA VIDA DESMONTABLE	66
LA EDAD DEL GAS	69
LA CIGÜEÑA NÓRDICA	72
MIS PROBLEMAS CON DAN BROWN	75
FÚTBOL, NIÑOS, PSICODRAMA	78
DONDE TE QUEPA	81
LOS GREMLINS DE ABAJO	84
VIDA MICHELÍN	87
DESIERTO, BARAKALDO	90
BRUCE LEE EN LLAMAS	93
EN EL HALCÓN Y EN LA ENFERMEDAD	96
MI INFORME PISA	99
PANTOJA Y EL VIETCONG	102
OJALÁ NO TOQUE	105
SUPERSOPELANDIA	108
UN DIOS DEL DESCALABRO	111
CONVIENE NO HACER NADA	113
GANAS DE YOKO	116
MANERAS DE DECIR «NENA»	119
LA POLICÍA DEL HUMOR	122
HUÉRFANOS DEL JK	125
MININOVIAS Y SOLDADOS	128

SUPERHOMBRE EN MALLAS	131
MILLONARIO AL FIN	134
SI TÚ ME DICES ZEN	137
BUSCANDO A ARZAK DESESPERADAMENTE	140
¿ME LO FIRMA?	143
VOTE A KANGO	146
LA CARGA DE LAS APUESTAS LIGERAS	149
UN DEPORTE VIOLENTO	152
LA UNIVERSIDAD DE LA CALLE	155
¡SABRINA A LA RÍA!	158

PRÓLOGO

Lo que se les viene encima es una selección de los artículos que he publicado durante los últimos años en la edición digital de *El Correo*. Estos artículos componen algo así como el reverso relajado de mi trabajo diario en el periódico, que tiene que ver con la actualidad y me exige, tantas veces sin éxito, una cierta compostura. Sobre el papel yo soy —perdónenme— un analista. Y no puedo equivocarme con el nombre de pila del alcalde, quitarle importancia a un séxtuple homicidio o detenerme lo que me gustaría en los asuntos que con mayor intensidad mueven mi espíritu: aperitivos, ventrílocuos, dromedarios, Bruce Lee.

Dicho de otro modo: lo que les espera es una sucesión de ligeras extravagancias realistas. Son, pese a todo, artículos de prensa que se sostienen sobre un principio general incuestionable: vista de cerca, la realidad no tiene mucho fundamento. Ante esto pueden hacerse dos cosas. Una consiste en falsear la realidad y tratar de prestigiarla con los edulcorantes habituales (solemnidad, dramatismo, ideología); la otra consiste en cumplir con el deber periodístico y describir honestamente el grosor de lo que ocurre, aunque eso obligue a no tomarse en serio al arquitecto Calatrava. La verdad es que me está quedando un prólogo imponente. Como irán viendo, este libro podría titularse *Farola efímera*, *Chiflados malnacidos*, *Asuntos filosóficos de primer orden* o *El pacharán y los hachas*.

Por otro lado, debo advertirles que las páginas que siguen pueden incluir opiniones. No me lo tengan en cuenta. Soy débil y tengo opiniones. Con frecuencia son opiniones contradictorias entre sí. Es algo digno de verse, aunque carece de importancia. Las opiniones no sirven para nada. Apenas para subirse a ellas y parecer más alto. También para salir en la tele a ciertas horas. Pero desde luego las opiniones no sirven para escribir. El oficio es más arriesgado en realidad: se escribe con el carácter. A ese respecto ya irán dándose cuenta de que este libro podría titularse *Últimas acrobacias, I am basque, Todo es ponerse, Hijos de Beppe Bergomi, Lástima de ideal o Destrozo y desvarío*.

Por terminar con alguna idea de interés metodológico, diré que estos artículos los he escrito sobre todo estando tumbado. Chesterton asegura en algún sitio que se podría vivir muy bien en la cama si dispusiésemos de un lápiz lo suficientemente largo como para escribir en el techo. Las tabletas y los portátiles han venido a solucionar este problema con eficacia. Pero no quiero presumir. No es cierto que escriba siempre en la cama. A veces tomo las riendas de mi propia vida y salgo con decisión a la terraza. Una vez allí me tumbo a escribir un rato.

Pablo Martínez Zarracina

Bilbao, verano de 2015

DISCULPE, DOSTOIEVSKI

YO ME DI CUENTA de que algo iba mal cerca de la calle Shcherbakov de San Petersburgo, al cruzar las galerías del metro en Dostoyevskaya y enfilarse por la avenida Kuznechny, a dos manzanas escasas del piso de seis habitaciones en el que murió Dostoievski. Era una tarde de verano y la gente entraba y salía del gran mercado del barrio, donde hay enormes peceras con esturiones vivos que lo miran todo con ojos tiernos de mascotas cubistas. Sonaban las campanas de la iglesia de Vladimir. Se alzaba la bruma desde el río Fontanka. Y a mí de pronto aquello me recordó muchísimo a Zabalburu.

Imaginen el susto. Yo estaba en San Petersburgo ejerciendo de cosmopolita y no quería acordarme de Zabalburu en absoluto, porque yo no considero oportuno andar acordándome de Zabalburu a doscientos metros de donde murió el hombre que escribió *Crimen y castigo*. Entiéndanme, a Dostoievski le tengo verdadera devoción. Y no encuentro adecuado ponerme a relacionar mentalmente el barrio del genio con una zona de la ciudad de uno que además tampoco se le parece en nada. «¿Qué será lo próximo?», pensé entonces, derrumbándome. «¿Llamar a casa para informar con lágrimas en los ojos de lo mucho que se parece la perspectiva Nevski a la dichosa visión de Pozas con San Mamés al fondo?». Me encontraba confuso, nervioso, preocupado. Me temblaban las manos. Comenzó a ponerse cara de esturión. «Otro que ha matado a una anciana prestamista», pensaban al verme las buenas gentes de San Petersburgo.

LA HISTORIA, ETC.

ALGO ESTÁ PASANDO. DE pronto los del fútbol hablan todos como Enrique V en Azincourt. «Queremos hacer historia», asegura el defensa estrella. «Es una oportunidad de hacer historia», sostiene el extremo habilidoso. «Es un día histórico», solemniza el exjugador reconvertido en presidente. «Pueden hacer historia», vaticina el exjugador menos afortunado reconvertido tan solo en experto.

El entusiasmo historicista termina sobrepasando el discurso de los atletas y se extiende entre la gente normal, si me perdonan el oxímoron. Es muy curioso. Llega el día del partido clave y a uno, no sé, el panadero, un vecino, su propia abuela, le recuerda que «tenemos», de repente, una cita con la historia. Eso asusta mucho. Y pillá grandemente de improviso. Porque uno en su agenda tiene para ese día anotadas cosas como «compras», «llamar Carmen», «podólogo», «ver partido», pero nada que se parezca lo más mínimo a «pasar a la historia de los hombres».

Yo en general estoy a favor de los disparates: entretienen mucho y favorecen la labor del columnista. Sin embargo, los disparates dañinos me gustan algo menos. Y hay algo dañino en que el fútbol pierda su carácter lúdico y se ponga a dramatizar. En sus peores momentos, se comporta hoy el fútbol como las religiones y las ideologías, minusvalorando lo real y situando el foco en el pasado o en el futuro, dos abstracciones tramposas e inflamables que son siempre del gusto de los clérigos.

BOB EN BILBAO

HACE UNOS DÍAS SUPIMOS que en julio toca Dylan en Bilbao. Y no pasó gran cosa. «Hombre, Dylan», pensamos. Como si Dylan no fuese Dylan sino Dyango. O como si Bilbao no fuese Bilbao, sino Nueva York o Los Ángeles, uno de esos sitios en los que salir a la calle debe de ser una tortura, al encontrarse la vía pública intransitable por la acumulación de famosos, estrellas, ídolos y leyendas.

Lo cierto es que en Bilbao nos hemos acostumbrado muy rápido a las visitas de postín. Ya estamos como aburridos. Hace un año vino Paris Hilton y yo escribí una columna burlesca y bostezante, como si fuese el cronista social de *Vogue* y me hubiesen estropeado la siesta con un *scoop* de tercera. Al día siguiente escribí una columna política sobre el alcalde de Arrankudiaga y entonces ya lo di todo, yendo sin miedo a por el Pulitzer.

No fue siempre así. Al principio nos alteraba mucho que viniese a tocar Springsteen o que expusiese trapos Armani en la ciudad. Había nervios, flases, avalanchas. Pero no duró. La culpa fue de AC/DC. Llegaron a actuar aquí, no sé, cada quince días y aquello nos fue marchitando el histerismo. Era ver al diputado general otra vez con la chupa motera y el vaquero de pinzas y saber que había vuelto Angus Young. Aguántale tú a Angus Young. A los AC/DC terminamos esquivándolos como se esquivaba a unos parientes pelmazos de Australia.

YUXTAPOSICIÓN DEL YUYU

DÍA TRAS DÍA, COINCIDO en la entrada del metro con el profesor Kango, gran vidente africano. Y día tras día me da su papelito: la poderosa tarjeta-currículum fotocopiada. Por ella sé que el hechicero tiene «alta experiencia en los campos de la magia verdadera». Le ocurre por lo visto desde «hace 800 años». Kango es capaz de «recuperar pareja con amarres fuertes» y «curar grandes enfermedades crónicas, judiciales, depresión, impotencia (sic), cánceres, protección». Lo hace «personalmente a distancia». Quizá sea el profesor Kango un mago poderoso. Bastaría con que le hiciese a las leyes físicas la mitad de lo que le hace a la sintaxis.

Paseo por la ciudad y reparo en los escaparates de las tiendas esotéricas. Con su acumulación de chatarra variopinta, componen extraños *collages* de vanguardias pasadas de moda. Se mezcla allí lo oriental con lo celta, lo egipcio con lo maya, lo vasco con lo extraterrestre. Hay calaveras, cruces, gnomos, pirámides, brujas, menorás. Un desbarajuste atroz. Junto a un beatífico san Pancracio aparece la ninfa de los lagos calenturientos, con su mirada delictiva y su lencería punk. Aquello es el cajón de los trastos viejos de un zíngaro cleptómano. El Tarot del Chi Kung cuesta cincuenta euros. Con la mitad nos alcanza para el «ritual preparado de pasión (gays)» que sirve para recuperar «esa chispa del primer día que a hido (sic) disminuyendo».

LECCIÓN SOLAR

OCURRE CADA AÑO Y los tertulianos esquivan el asunto. Están ocupados intentando que su colapso emocional dé bien en cámara. Sin embargo, llegan por estas fechas los primeros días de sol —de sol en serio— y la gente normal se transforma en una versión mejorada de sí misma. El cambio es drástico y colectivo. Una especie de revolución tolerable. Debería ser noticia. De pronto, la gente está contenta. ¿Por qué? Pues porque sale a la calle en manga corta. Y resulta que la manga corta es un asunto filosófico de primer orden: una razón de peso para ser feliz.

Inauguramos estos días el sol y ya hemos visto a tribus de nómadas festivos peregrinando hacia las playas. Y hemos visto los parques llenos de jóvenes semidesnudos que cambian sus clases por esas otras lecciones que se imparten sobre la hierba en los primeros días de calor. Y hemos visto las calles repletas de tranquilos paseantes; las terrazas de la ciudad burbujeando de conversaciones, reflejos y serotonina.

Es siempre en estos días de estreno cuando recordamos una de esas cosas que sabemos sin saberlas: el sol es un prodigio absoluto, un viejo misterio benefactor. Dejó dicho Napoleón que, si tuviese que escoger un dios, lo escogería a él. Se trata, por supuesto, de una de esas tonterías que decía Napoleón, menudo curso complicado. De haber tenido alguna simpatía por el sol, Napoleón

BARES

HUBO UNA ÉPOCA EN la que los bares no parecían laboratorios gastronómicos, ni tampoco reducciones de platós televisivos en los que avanza el programa de los cachas y las modelos. Era un tiempo digno y atroz. El dueño del negocio era siempre el tipo que estaba tras la barra, acumulando billetes y un odio extenso contra la condición humana. Aquellos taberneros no eran simpáticos y sus ropas arrugadas parecían salir al mismo tiempo de un túnel de lavado y de un túnel del tiempo. Poseedores de una visión del mundo simple y estricta, los viejos taberneros solo abandonaban su lado de la barra para esparcir serrín o para esparcir violencia. En ambos casos convenía hacerse a un lado y cerrar los ojos.

Eran los bares de entonces brutales y acogedores. Había en ellos una mezcla evidente de ruina y tosquedad, pero no había rastro de impostura. Mesas de madera o formica, suelos de azulejo y esquinados retretes capaces de resumir en tres metros la idea de la España Negra. Con los años, aquellos lugares iban ganando cantidades enormes de carácter. Se trataba de locales que ya eran viejos el día de su inauguración, de modo que no podían pasar de moda, tan solo podían seguir envejeciendo con tranquilidad.

Y eso era lo que hacían. Pronto se iba depositando sobre sus barras y sus veladores esa inconfundible verdad que las cosas auténticas obtienen de su fricción callada contra el mundo. Por supuesto, a nadie se le pasó nunca por la cabeza contar con un deco-

LA TERTULIA ETERNA

EL TERTULIANO ESPAÑOL SE despierta, desayuna y se enfada. Cada mañana es lo mismo: bostezos, café, galletas, furia. Una vez cabreado, el tertuliano puede empezar la jornada. En un día flojo tendrá que acudir a quince o veinte tertulias. Algunas serán de radio, otras de televisión. En todas se debatirán las mismas cosas. En todas se reproducirá el mismo ambiente bélico.

Antes de salir de casa, el tertuliano entra en la habitación donde guarda el instrumental. Es un cuarto sombrío, mal ventilado. Allí dentro hay un poco de todo: montañas de omnisciencia, kilos de jactancia, cargamentos de clichés, revoltijos de superstición, túmulos de argumentos ad nauseam. En los cajones, colecciones completas de misología. En los armarios, prejuicios suficientes como para abastecer a un país mediano y desconfiado. El tertuliano llena su maletín mental con lo que necesita para el día y sale al mundo. «Qué mal está todo», murmura al pisar la calle.

A veces, en las tertulias a las que asiste el tertuliano son todos de la misma opinión. Otras veces la mitad de los asistentes son de izquierdas y la mitad de derechas. El resultado es el mismo. Los participantes se azuzan igual, se menosprecian y compiten por alcanzar el objetivo último del oficio: decir la enormidad mayor. En una sesión normal el tertuliano pronunciará decenas de veces la palabra «fascista». También «demagogia», «escándalo», «sinvergüenza», «mentira» y «kafkiano». Siguiendo la ley de Godwin, el

EL CHOP SUEY PROUSTIANO

HAY ESQUINAS DE BILBAO desde las que se disfrutan extrañas perspectivas orientalizantes. Hay tramos de la ciudad en los que los bazares y los restaurantes chinos se suceden con insistencia. Tanta, que al pasar por ciertos lugares uno no sabe si está en Bilbao o en el mismo Shanghái. En esos rincones pueden darse episodios inverosímiles: el grupito de chinos que se asoma a la tasca de txikiteros que queda encajonada entre el Mao Bazar y el restaurante Yangzi y susurra: «Míralos, ¡qué exóticos!».

Antes de seguir, admitiré mi inquebrantable simpatía por los chinos. Por los mil trescientos millones de chinos. En general. Todo se debe a una experiencia infantil. El chop suey proustiano. Resulta que, cuando en Bilbao no debía de haber apenas restaurantes orientales, mis padres me llevaron a uno. Y aquella fue una aventura memorable. Para mi sorpresa, dentro del restaurante trabajaban efectivamente personas chinas. Digamos que eran mis primeros chinos. Y no tardé un segundo en reconocer en ellos a silenciosos compinches del fascinante Fu Manchú. Del Fu Manchú de Christopher Lee, por afinarlo: el de la larga uña de plata. Yo nací (perdonadme) en la edad del gran cine de sobremesa en La Primera.

Los siervos de Fu Manchú no solo me cautivaron por sus suaves movimientos y su misterioso laconismo, sino que además me sirvieron la máxima consecución gastronómica que yo había

LOS AÑOS DEL GINTÓNIC

YO ESCUCHABA DECIR A los bilbaínos que era Bilbao el lugar donde mejor se servían los gintónicos y no le daba importancia. Tampoco se la doy cuando un bilbaíno defiende hasta el colapso —esa carótida palpitando como un hinchable en la feria del aneurisma— que como en Bilbao no se bailan las sevillanas o que el pulpo *á feira* solo se cocina bien en Bilbao.

Todo cambió cuando la gente de fuera comenzó a alabarme el gintónic. Ahí comencé a sospechar. Uno estaba, no sé, en Madrid y se encontraba con un conocido que al despedirse caía sobre el asunto: «A ver si voy a visitarte, que en Bilbao ponéis los gintónics como nadie».

La quinta vez que me dijeron que cómo poníamos los gintónics, yo me hice una pregunta: «¿Cómo ponemos los gintónics?». Fue un momento mío cartesiano. Entonces reparé en que últimamente todos los bares han ganado un certamen de la cosa y garantizan el gintónic perfecto. O sea, todos hacen cosas complicadas. Esas copas gigantes, por ejemplo, congeladas con los chismes de los leds y el gas carbónico. De pronto, sobre la barra, hay un vaso que admite más luces y humo que una gira mundial de Kiss.

Luego el barman comienza a fardar de ginebras, a proponer maridajes, a enumerar tónicas. Cuando termina, vierte los líquidos con extraños giros y explicaciones técnicas, olvidando que el gintónic no solo no es una fórmula alquímica, sino que ni siquiera